

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen **49**
Volume

Número **3**
Number

Mayo-Junio **2006**
May-June

Artículo:




**Editorial.
Filosofía barata**

Derechos reservados, Copyright © 2006:
Facultad de Medicina, UNAM

**Otras secciones de
este sitio:**

-  **Índice de este número**
-  **Más revistas**
-  **Búsqueda**

***Others sections in
this web site:***

-  ***Contents of this number***
-  ***More journals***
-  ***Search***

Editorial

Filosofía barata

Manuel Quijano

El uso en la literatura del lenguaje áspero y vulgar así como de obscenidades, es una técnica de choque muy anti-gua, que siempre ha tenido adeptos, y va dirigida a los que presumen de recatados o "hastados", (traducción del galicismo "blasé" de uso no raro entre los mexicanos snob), por haber visto todo. Los términos, indiferentes ellos mismos pero deshonrados por el uso, se vuelven pintorescos y exóticos, aunque no es raro que la brutalidad del lenguaje engañe sobre la banalidad de pensamiento. Un ejemplo es Henry Miller, autor de los Trópicos de Cáncer y de Capricornio y varias otras cosas, glorificando el placer sexual independiente del amor, sin darse cuenta que la voluptuosidad buscada en forma aislada y artificial (como hacen los adolescentes), tiende a volverse sosa rutina.

Al escribir hay que buscar la sinceridad y la exactitud, sobre todo si se escribe sobre la propia vida... porque toda existencia tiene casi, como condición *sine que non*, la infidelidad a sí misma; esto, a pesar de que el pasado es indefectiblemente más estable que el presente, ya que se puede ser feliz sin dejar de estar triste pues los recuerdos amargos son mucho menos numerosos que los simplemente tristes. La vida es algo más que fisiología, que poesía y que moral; es decir, es más que funcionar corporalmente, que pensar y soñar o que cumplir con el deber ser; está sometida a instintos, unos que nos enorgullecen y otros que nos avergüenzan. En el fondo, todos deseamos no que nos aprueben sino que nos comprendan. Uno se adhiere a lo que uno respeta, no a lo que deseamos parecernos.

Se habla mucho de las influencias externas pero la conducta es más bien respuesta a razones muy íntimas y escondidas; la propia naturaleza es más diversa de lo que se supone, no necesita del contagio moral. Sin embargo, siempre es más fácil buscar chivos expiatorios, indignarse que pensar. Se exagera el mérito de abstenerse de cometer una falta, lo cual es una manera de ser culpable pues la intención existía. Nuestras acciones son, como los síntomas de las enfermedades, reveladores de nuestros instintos. No hay que avergonzarse de ellos, lo que debe cambiarse es la naturaleza íntima.

La regularidad de una vida demasiado razonable empuja a las extravagancias o al trabajo agobiante o al contentamiento plácido (léase aplanado). El mal gusto es encontrar bellos los sentimientos más convencionales. Lo que nos aterra a todos es la soledad que, cuantitativa-

te en el tiempo, es dominante. Se suele confundir la esperanza y las ilusiones con la realidad, pero el suponer, casi como un axioma, que el mundo será mejor en el futuro, que habrá un desarrollo en línea recta de la historia es un error. Es una utopía el creer que se alcanzará un mundo sin racismo, sin desigualdades, sin injusticias en el que los hombres se abrazarán fraternalmente.

Los primeros años del siglo XX fueron llamados «La Belle époque» y escritores como Stefan Zweig y Benedetto Croce hablaron largamente sobre la delicia que fue vivir en esas décadas de seguridad y de honestidad; los dos decepcionados del XX que les hizo presenciar dos terribles guerras mundiales. Sin embargo, el XIX que se creyó feliz, elegante y tranquilo (para la burguesía supuestamente noble) no sólo fue el de las luchas contra el absolutismo y las rebeliones liberales y nacionalistas, en Europa y en Latinoamérica, sino el siglo de la gran Revolución Industrial que produjo las condiciones de vida deplorables para los trabajadores de las minas y las fábricas que retratan escritores como Dickens cuyas descripciones todavía nos conmueven.

Todas las grandes utopías, ideológicas o religiosas, a lo largo de los siglos han terminado esclerosadas o desviadas de su principal objetivo. El budismo que en un principio era una religión atea, acabó haciendo de Buda un dios. El cristianismo nacido como protesta contra el materialismo y el totalitarismo romanos, se instituyó en religión de estado muy autoritaria después de Constantino. Y ni para qué hablar del socialismo y del comunismo que confundieron los buenos deseos con las posibilidades reales. Los politólogos orgullosos de la existencia de las constituciones, de los Derechos Humanos, leyes y reglamentos, y de una educación más extendida (pero no mucho mejor), afirman que nuestra situación es muy superior y podemos hacer más grata la existencia de todos los hombres. Sin embargo, las posibilidades de destrucción, de amenaza, de espionaje, son ahora mucho mayores con la tecnología moderna y el individuo, que ahora puede vivir más años, sigue con las mismas dificultades para conseguir alimento, techo, abrigo; lucha por sobrevivir y comprueba diariamente y en todas partes la degradación de los valores que hacen digna su vida. Es difícil, casi cruel decir que el mundo nunca será mejor, pero los individuos infelices y los desgraciados han sido siempre mayoría.